

Notas del mes

Manifestación a don Enrique Marshall y Sra.

Un numeroso grupo de amigos ofreció un almuerzo en el Hotel Crillón a don Enrique Marshall y señora Yolanda Biondi de Marshall, con motivo de que ambos se han acogido a la jubilación después de haber prestado importantes servicios a la educación pública.

El señor Marshall fué durante algunos años profesor de Filosofía de la Universidad de Concepción y le correspondió, además, el honor de ser el primer Decano de la Facultad de esa rama del saber, en la referida casa de estudios, donde se le recuerda siempre como a uno de sus mejores catedráticos. Por eso complace especialmente a la Revista «Atenea», donde ha colaborado más de una vez, hacerse eco de tan justa manifestación de simpatía.

En el acto que reseñamos hicieron uso de la palabra don Félix Armando Núñez, que lo ofreció en un bello discurso que damos a continuación; don Enrique Molina, que improvisó brillantemente para trazar en forma conceptuosa y llena de relieve la trayectoria de los festejados en su eminente actuación pública; don Gregorio Schepeler, Presidente de la

Corte Suprema, que evocó los tiempos de la infancia del señor Marshall; don José Dolores Vásquez, que con flúida y elocuente palabra señaló la trascendencia nacional del magisterio ejercido por el que hasta ayer fuera Secretario General de la Universidad de Chile; el poeta Hermelo Arabena Williams, que compuso cordiales estrofas alusivas; y la directora del Santiago College, Miss Elisabeth Mason, que se expresó en oportunas y cariñosas frases.

Finalmente, agradeció el señor Marshall con el magnífico discurso que también reproducimos.

Discurso del señor Félix Armando Núñez

Queridos amigos Yolanda y Enrique:

Porque nos son tan próxima y ventajosamente conocidas y por lo mismo tan queridas vuestras diletas personalidades, nos encontramos aquí rindiendo a la vez culto a la amistad y homenaje al mérito en esta hora emocionante de vuestra existencia. Redunda, pues, el retrato y huelga la alabanza. Pero, ¿cómo dejar sin voz esta presencia nuestra llena de corazón y de alas diáfanas?

Pocas veces como ahora se habrá generado una manifestación de simpatía con el pulso de espontaneidad y desinterés que a la presente anima, y ello es natural retribución al espíritu servicial y transparente, a la exquisita cortesía y a la cordial y fina comprensión de los demás con que habéis derrochado vuestra sensibilidad de compañeros y maestros a través de algunas décadas de fecunda actividad y entusiasmo. Sé que no están presentes en torno a vosotros cuantos habrían concurrido con alegría, de

haber tenido oportuna noticia de esta fiesta íntima, pues de lo contrario la compañía innúmera desbordaría del recinto en que nos congregamos: porque a lo largo de Chile entero vive el prestigio de vuestras dotes de caballeridad, e implícitas en ellas la rectitud de vuestras almas, la excelencia de vuestros talentos, el amor de la justicia que os distingue, la seguridad y constancia de vuestra amistad, la confianza que sabéis inspirar con vuestra lealtad de oro. Miles de ex alumnos y camaradas vuestros así lo proclaman por todos los ámbitos.

Felices vosotros a quienes el Espíritu ha escogido de este modo para su obra, y felices también el haberos unido en tan armoniosa pareja. Vos, Yolanda, la inteligente y laboriosa profesora de Castellano y la perspicaz Orientadora Vocacional del Liceo de Niñas N.º 5, la infatigable dueña de casa, la madre amorosa, la pródiga amiga, a quien caracterizarían admirablemente los adjetivos del verso de La Oración por Todos: «Sencilla, buena, modesta». Y vos, Enrique, el catedrático de Literatura y Filosofía que imperaba en el Liceo y en la Universidad de Concepción por la macicez de pensamiento, la dialéctica vigorosa, la sobriedad casi británica de expresión, acaso de heredada estirpe, el profesor de Economía Política de la Escuela de Leyes, severamente documentado y entregado al estudio con esa pasión fría y hasta heroica que produce un texto de primer orden, el ejemplar Secretario General de la Universidad de Chile, el competentísimo y firme Director de Educación Secundaria, el dos veces admirable Ministro de Educación Pública, el ocasional y egregio crítico literario, el enjundioso e inolvidable periodista: he aquí otras tantas facetas del diamante que la na-

turalidad puso a brillar en vuestra alma, otras tantas irradiaciones espirituales que iluminan una vez más la atmósfera de este bellísimo momento de ahora.

Bien sabemos que no es ésta una despedida. Estáis jóvenes, a pesar de que como dijo Napoleón: «se envejece demasiado pronto en los campos de batalla». Pero hay algo del carácter y la psicología de Chile que nos indica que vuestro retiro no es más que una tregua.

En este país pobre, pero dotado de una legislación social modelo en el continente, la cual asegura y garantiza su renombrado respeto a las instituciones y prolonga la vigencia de su apego al orden, nosotros los funcionarios públicos y especialmente los maestros, vivimos con la modestia a que nos obligan nuestras rentas exiguas; más, vivimos también, justo es decirlo, con esa relativa tranquilidad que infunde el imperio de leyes protectoras que, sin embargo, suelen no producir el efecto esperado. Y entonces hay que volver a la brega. Siquiera se ha descansado algunos meses, ya que no existe entre nosotros el año jubilar, instituido en otros países. Los que aun conservan parte de su juventud vuelven remozados.

Brindemos, pues, porque este sea el caso de nuestros queridos amigos.

Discurso de don Enrique Marshall

Trabajar toda una vida dándose por entero a la actividad elegida—sobre todo cuando ésta mira más al bien colectivo que a nuestro propio interés—es labor en la cual la limitación de las ventajas materiales se compensa con creces, si sabemos colocar los

valores morales en el sitio de honor que por derecho propio les corresponde, con las satisfacciones de orden espiritual inherentes al cumplimiento de nuestra tarea social.

Impulsados por una fuerte tendencia vocacional, Yolanda y yo hemos tenido la suerte de dedicar nuestra vida a la enseñanza. Hemos cumplido la faena sin reticencias de ningún género, convirtiendo los cargos que nos ha correspondido desempeñar—igualmente los de condición modesta y los de elevada jerarquía—en centros absorbentes de todas nuestras facultades. Hemos recibido, con este motivo, innumerables testimonios de comprensión y afecto, principalmente en estos momentos cuando, al alejarnos del servicio, un dejo de tristeza podría ensombrecer nuestra existencia. Pero las diversas entidades en que hemos actuado durante largos años, primero, y vosotros, con gentileza exquisita después, os habéis encargado de embellecerlos, en gratas manifestaciones de aprecio que se han sucedido, hasta hoy, en cadena ininterrumpida de sentidas expresiones de afecto.

Yolanda y yo deseamos seguir colaborando, al margen de los cargos oficiales, en la tarea educacional. Os agradecemos esta hora de plenitud, generosa interpretación de vuestro estado de ánimo, no sólo porque ella traduce vuestra ilimitada bondad, sino porque ejerce además sobre nosotros una poderosa influencia estimulante para perseverar en nuestro propósito. Agradecemos también las elogiosas apreciaciones que sobre nuestra labor ha formulado, en oración magnífica, nuestro viejo amigo Félix Armando Núñez, selecto hijo de Venezuela. A semejanza del ilustre caraqueño de la centuria precedente, cuyo

nombre los universitarios pronunciamos siempre con emoción, sabe él sentir como chileno cuánto a esta tierra nuestra se refiere. Tanto vosotros como él nos habéis hecho considerar que este momento, más que de una despedida, tiene los caracteres de una iniciación. Libres de todo vínculo contractual, aspiramos a incorporarnos ahora a una nueva legión, la de los servidores voluntarios de nuestra enseñanza, porque nos sentimos unidos a ella por lazos indestructibles, sobre todo en estos momentos de inquietud social cuando la escuela tiene, más que en ningún otro momento de nuestra historia, el deber de encauzar las aspiraciones colectivas y de orientar a la juventud, con criterio realista, por caminos que la conduzcan a la superación de sus posibilidades presentes.

Como educadores no somos conformistas. Creemos, por el contrario, que la enseñanza debe, para sacar el debido provecho de los progresos de las ciencias de la educación, renovar constantemente sus métodos, y para mejor adaptarse a las nuevas necesidades del medio social, rectificar periódicamente sus orientaciones.

Por esto, después de brindar por vuestra ventura personal y la de vuestras familias, formulamos nuestros mejores votos por que el espíritu innovador propio de esta época arraigue profundamente en la educación chilena.

El día de la Universidad

El día 14 de mayo en curso, fué celebrado con una hermosa velada el día de la Universidad, la cual se llevó a efecto en el Teatro Concepción. Este acto adquirió especial relieve por su significado y por la